

MOVIMIENTOS AGROECOLÓGICO Y NEO CAMPESIÑO: RESPUESTAS POSTMODERNAS A LA CLÁSICA CUESTIÓN AGRARIA

Cid Aguayo, Beatriz Eugenia¹

Recibido: 20-06-2013

Revisado: 10-10-2013

Aceptado: 21-10-2014

RESUMEN

Este texto tiene como objetivo recoger aspectos del desarrollo, trabajo y propuestas del movimiento por el rescate de la semilla y la soberanía agroalimentaria desarrollado en el sur de Chile, particularmente la red de curadoras de semilla formada por mujeres campesinas, como caso de resistencia y contrapropuesta a la hegemonía del régimen alimentario agroexportador. El documento está basado en una serie de 15 entrevistas con curadoras de semillas y 8 entrevistas con dirigentes en las que se discute el significado de la defensa de la semilla y la agricultura campesina como práctica política. Se argumentará cómo estas prácticas cotidianas y de vida privada representan un ejercicio de resistencia al proceso de cercamiento sufrido por la economía campesina, desafiando así la ontología lineal de las formulaciones modernistas de la cuestión agraria.

Palabras clave: movimientos agroecológicos, mujeres campesinas, semilla, economía campesina, Chile

ABSTRACT

This text focuses in development, work and proposals of the movement for the seed rescue and food sovereignty developed in the South of Chile, particularly in the seed curators' network formed by peasant women. This network represents a case of resistance and counter-proposal to the hegemony of the agro-exporting food regime. The document is based on a series of 15 interviews with curators as well as 8 seeds interviews with female leaders, through which the meaning of the seed's defense and the peasant agriculture as a political practice are discussed. The article also argues how these daily and private life practices represent a resistance exercise in face of the process suffered by the peasant economy, defying the modernist ontology linear formulations of the land question.

Key words: agroecological movements, women farmers, seed, farm economy, Chile

RÉSUMÉ

Cet article est une compilation de différents travaux relatifs au développement, au travail et aux propositions faites par le mouvement pour le sauvetage des semences et la souveraineté agro-alimentaire, au Sud du Chili. Plus spécifiquement, on s'attache au cas du réseau des "curadoras de semilla" – des paysannes conservatrices de semences, ce qui constitue une forme de résistance et de proposition alternative face à l'hégémonie du système agroalimentaire exportateur. L'analyse s'appuie sur une série de 15 entretiens avec des femmes conservatrices et 8 avec des dirigeants pendant lesquels on cherche à mettre en lumière ce qu'est la défense des semences et l'agriculture paysanne comme pratique politique. Les pratiques quotidiennes et la vie privée, représente une réponse politique de résistance face au processus d'encercllement souffert par l'économie paysanne. Elle constitue ainsi un défi à l'ontologie linéaire propre des formulations modernistes de la question agricole.

Mots-clé : mouvements agro-écologiques, paysannes, résistance culturelle, semences, économie agricole, Chili

¹ Licenciada en Sociología (Pontificia Universidad Católica de Chile, PUC); M.Sc. en Sociología de la Modernización (Universidad de Chile); Ph.D. en Sociología (York University, Canadá). Profesora Asociada (Universidad de Concepción, Chile). **Dirección postal:** Departamento de Sociología y Antropología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Concepción. Barrio Universitario, s.n. **Teléfono:** +041-2203066; **e-mail:** beatrizcid@udec.cl

RESUMO

Este trabalho teve por objetivo reunir aspectos sobre o desenvolvimento, trabalho e propostas do movimento pelo resgate das sementes e da soberania alimentar. Desenvolveu-se no Sul do Chile, elegendo como estudo de caso uma rede de curadoras de sementes formada por mulheres camponesas, vista aqui como um exemplo de resistência e contraposição ante a hegemonia do regime alimentar agroexportador. O estudo baseia-se num conjunto de 15 entrevistas com curadoras de sementes e oito entrevistas com dirigentes, onde se discute o significado da defesa da semente e da agricultura camponesa como prática política. Argumenta-se, ao longo do mesmo, que estas práticas cotidianas e de vida privada representam um exercício de resistência ao processo de cercamento sofrido pela economia camponesa, desafiando assim a ontologia linear das formulações modernistas da questão agrária.

Palavras-chave: movimentos agroecológicos, mulheres agricultoras, semente, economia agrícola, Chile

1. INTRODUCCIÓN

Este texto recoge aspectos del desarrollo, trabajo y propuestas del movimiento por el rescate de la semilla y la soberanía agroalimentaria desarrollado en el sur de Chile, particularmente la red de curadoras de semillas formada por mujeres campesinas, como caso de resistencia y contrapropuesta a la hegemonía del régimen alimentario agroexportador. Se argumentará que la afirmación de la subsistencia, la defensa de la semilla y la agricultura campesina constituyen una respuesta política heterogénea –desde la praxis cotidiana y desde la vida privada– al proceso de cercamiento sufrido por la economía campesina.

Las afirmaciones contenidas en este documento –si bien están traspasadas por la propia imaginación política de la autora– se sustentan en un trabajo de investigación desarrollado con la red de curadoras de semillas en la región del Biobío (que a la fecha incluye 15 entrevistas con curadoras de semillas, 8 entrevistas con dirigentes²), como también en diversas instancias de colaboración técnica y política con la Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas, ANAMURI³.

La relevancia de este proyecto entronca con la necesidad política de levantar narrativas alternativas acerca del comportamiento económico y los procesos de desarrollo que contribuyan a pensar futuros distintos basados en economías locales. El aporte de Michel Foucault acerca de la naturaleza y dinámica de los discursos ha sido empleado por Gibson-Graham (2006a) para deconstruir los discursos dominantes de la economía que las autoras llaman «capitalocentrismo», así como por Arturo Escobar (1998) para deconstruir el llamado *discurso del desarrollo*. Ambos discursos normalizan la producción de verdad, limitando las posibilidades de pensamiento alternativo acerca de otras formas de economía y diferentes tipos de desarrollo, lo que ciertamente incluye al mundo rural.

Gibson-Graham señala que relatos acerca del capitalismo transitan entre dos polos –de derecha y de izquierda– que son igualmente totalizantes y desempoderadores. Por una parte el análisis económico neoclásico lo define como la forma de comportamiento «coextensivo» a la totalidad del espacio social, donde el ser humano se entiende como antropológicamente orientado al autointerés y maximizador natural de utilidad (Polanyi, 1994). En este sentido cualquier modo de comportamiento que no se ajuste a estos supuestos –y en consecuencia cualquiera forma económica no capitalista– se lo niega o se lo confina a los márgenes e intersticios de lo social (Gibson-Graham, 2006b). Por otra parte el pensamiento de izquierda entiende al capitalismo como una entidad malévolamente y superpoderosa que actúa penetrando, sobredeterminando y desarticulando todas las realidades sociales. De esta forma el capitalis-

2 Participaron en la realización y análisis de las entrevistas un conjunto de estudiantes que es necesario reconocer acá: José Barriga Parra, Rodrigo Daza Aravena, Paula Fuentealba Urzúa, Javiera Hinrichs Deppe, Francisca León Muñoz, Nicolás Muñoz Saldaña, Víctor Pinto Suazo y Valentina Vergara Caro

3 Todas ellas realizadas en el marco del Proyecto FONDECYT 11110020: «Agroecología y agricultura orgánica en el centro sur de Chile: cadenas de valor y redes de gobernanza».

mo se convierte en un Leviatán que devora todas las posibilidades de pensar una política no capitalista, generando un bestiario inmovilizante que «desempodera» la acción colectiva (Gibson-Graham, 2006a). De esta misma manera el desarrollo aparece como un proyecto estandarizado al cual las diversas comunidades rurales y urbanas son convocadas a sumarse, con independencia de sus particularidades culturales y económicas, como también de sus deseos y sus aspiraciones de buen vivir (Escobar, 1998). Particularmente en las comunidades rurales, el desarrollo aparece como la transformación de las prácticas campesinas tradicionales y su reemplazo por paquetes tecnológicos modernizados —que enfatizan los monocultivos, el uso de agroquímicos y la orientación a mercado— que son transferidos desde el Estado y desde empresas.

Estos discursos normalizados limitan las posibilidades de pensar en representaciones económicas comunitarias y del desarrollo que sean transformadoras, sustantivas y centradas en la producción de valores de uso. Por ello la redefinición de los criterios de conocimiento y de verdad resulta una tarea relevante, desde los sujetos populares y desde el tercer mundo, para así minar desde abajo la conformidad a estos discursos. Esto permitiría producir narrativas empoderadoras que, reconociendo la diversidad de prácticas, desplacen las categorías binarias capitalismo-no capitalismo, mercado-no mercado y abran la entrada en un terreno económico heterogéneo. En este marco, los movimientos campesinos y agroecológicos ofrecen material empírico para pensar economías locales centradas en el buen vivir y la reproducción de la vida, mostrando así que las heterotopías al capitalismo y el desarrollismo no solo habitan en ámbito de la producción teórica, sino que existen en forma experimental y prefigurativa al interior de comunidades rurales organizadas.

Luego de esta introducción, que busca explicitar el «lugar de producción» desde la cual se escribe este texto, el artículo se organiza en tres partes. En la primera se hace una breve descripción del contexto agrario chileno; en la segunda se retoma la discusión de la llamada «cuestión agraria» reflexionando acerca del escenario de la misma en el régimen agroalimentario global; en la tercera parte se presenta el caso estudiado y se discute cómo sus prácticas cotidianas

constituyen una posible respuesta «postmoderna» al nuevo contexto de la cuestión agraria.

2. CONTEXTO AGRARIO DEL SUR DE CHILE: CONTRARREFORMA AGRARIA, MODELO AGROEXPORTADOR, MODELO FORESTAL

El conjunto de reformas económicas y políticas llevadas a cabo durante la dictadura militar y en gran medida consolidadas durante los posteriores gobiernos democráticos configuraron en Chile un modelo neoliberal agroexportador, que es hegemonizado por la industria agroalimentaria en desmedro de la posición económica y política del campesinado.

Inmediatamente después del golpe de estado se detiene el proceso de reforma agraria —de corte desarrollista y redistributivo—, en curso en ese momento. Si bien solo un tercio del total de tierra reformada fue devuelta a sus antiguos propietarios, el resultado general de esta contra reforma fue la liberación del mercado de la tierra, que luego permitió su reconcentración. Los otros dos tercios restantes se repartieron entre predios que fueron licitados al mejor postor y predios cuya propiedad fue reconocida a los campesinos beneficiados por la reforma. El primer caso resultó en un traspaso neto de tierras desde la élite «hacendal» a una creciente elite empresarial, que hizo un uso más intensivo y agrocomercial de la tierra comprada (Gómez & Echenique, 1988). En el segundo caso, los predios, que al ser reformados se entregaron bajo un régimen semicolectivo o cooperativo, fueron transformados en pequeñas parcelas privadas, de escasa viabilidad productiva. Como resultado, hacia la década de 1980, gran parte de las parcelas ubicadas en las cercanías de grandes ciudades habían sido adquiridas por empresarios agrícolas y por empresas inmobiliarias. Así mismo, una parte de los beneficiarios de la reforma agraria fueron denegados del acceso a dichas parcelas, convirtiéndose en proletarios rurales (Echenique & Rolando, 1991). Solo sectores más aislados y de menor plusvalía —secanos y cordilleranos— se constituyeron en «áreas de refugio» (Clapp, 1998) de las economías campesinas.

La región del Biobío —localizada en el centro-sur de Chile (36°46'22"S), con clima mediterráneo e irrigada por varios ríos— parece haberse constituido en una de dichas áreas de re-

fugio. Ya en los tiempos previos a la reforma agraria, mientras en las zonas centrales predominaban las haciendas y latifundios, en la zona de Chillán y el Biobío se desarrolló una zona de minifundio y mediana agricultura, que Bengoa (1988) describe como una suerte de clase media rural. Actualmente, y pese a la presión de los agronegocios y la industria forestal, la región del Biobío aun concentra el mayor número de pequeña propiedad en Chile. De hecho, de acuerdo con el último Censo Agropecuario, la región del Biobío alberga al 23% de las explotaciones menores de 5 ha (constituyendo el 48,6% de las tenencias en la región) y al 22% de las menores a 10 ha (64,9% de las tenencias).

Durante la década de 1980 los agronegocios, particularmente en los mercados nicho de productos frescos –especialmente fruta mediterránea de contratemperada–, vino *premium* y salmón atlántico vivieron un importante proceso de crecimiento, llegando a adquirir relevancia en el mercado mundial. Su desarrollo se vio beneficiado por: i) La adquisición de tierras a bajo precio durante la contrarreforma agraria, tanto proveniente de la tierra subastada como la posteriormente vendida por campesinos; ii) el apoyo estatal en investigación y desarrollo en el sector agroalimentario para el aprovechamiento de ventajas comparativas, tales como la contra estacionalidad mediterránea y la baja recurrencia de plagas; iii) un mercado laboral flexibilizado por la situación de dictadura y represión, que generó un marco legal desprotegido y deslegitimó las iniciativas de sindicalización; y, iv) un clima abierto, favorable y desregulado a la entrada de capitales internacionales y la inversión extranjera. Esta combinación de factores resultó en una tremenda expansión de las exportaciones alimentarias en un proceso liderado por corporaciones –muchas de ellas transnacionales–, cuya forma de trabajo se caracteriza por los monocultivos, abuso de agroquímicos, trabajo temporal y una relación conflictiva con campesinos y agricultores. Dicho modelo fue continuado, con solo leves modificaciones, durante la democracia. De hecho, durante la última década el gobierno chileno promovió explícitamente el lema «*Chile: Potencia Agroalimentaria*» como lineamiento estratégico para sus políticas agrícolas y rurales (Cid, 2011).

La región del Biobío –por su parte– agrega a dichas dinámicas un importante desarrollo de la

industria forestal y papelera, cuya expansión se benefició de los mismos procesos antes descritos. De hecho, durante los últimos 20 años 1.330.163 hectáreas de tierra agrícola –que anteriormente eran principalmente usadas para la producción triguera y de remolacha–, han sido ocupadas por plantaciones silvícolas (Instituto Nacional de Nutrición, 2007). La industria forestal ha establecido diversas presiones sobre las economías campesinas: ya sea desplazamiento directo mediante la compra de terrenos, competencia por los recursos hídricos, contaminación cruzada por el uso de agroquímicos y el recurrente riesgo de incendios forestales; estos últimos no solo consumen los bosques, sino también los predios aledaños. En este sentido, muchos agricultores de la región se sienten cercados por la industria forestal que se constituye en una verdadera amenaza para su sobrevivencia.

Esta presión sobre la economía campesina se ve agravada por la política pública. De acuerdo con la visión del gobierno son los mismos campesinos quienes deben ser capaces de asumir «el desafío del mercado», esto es, lograr una integración exitosa al mismo. De hecho los funcionarios públicos entrevistados no hablan de campesinos, sino de pequeños productores agrícolas, a los que se segmenta entre viables y no viables; esto es, quienes pueden o no lograr una inserción exitosa. Se invisibiliza con ello la dimensión familiar y comunitaria de la agricultura campesina, definiéndola uniformemente como productores individuales orientados a mercado; esto es, se imponen sobre el funcionamiento de la economía campesina, las categorías analíticas y normativas de un discurso «capitalocéntrico» y desarrollista, contribuyendo con ello al desplazamiento y desnaturalización de la misma.

En este contexto adverso a la agricultura y las economías campesinas, la región del Biobío ha albergado un vivo movimiento agroecológico, ofreciendo un caso ilustrativo de contra-movimiento frente al discurso y práctica dominante de la «potencia agroalimentaria» chilena. De hecho dos de las principales organizaciones nacionales que promueven la Agroecología –el Centro de Educación en Tecnología (CET) Sur y el CET Yumbel– se localizan en la región, así como también la mayor parte de los productores agroecológicos chilenos. Ello incluye alrededor de 1.000 explotaciones orgánicas certificadas (individuales y cooperativas), que constituyen la

mitad del total de explotaciones orgánicas certificadas en todo Chile. Actualmente tres vertientes del movimiento agroecológico están presentes en la Región de Biobío. La primera vertiente está formada por agricultores medianos y grandes con cierto nivel de capitalización, cuya producción –principalmente certificada– se orienta a los mercados del nicho. La segunda vertiente corresponde al movimiento de permacultura, constituido principalmente sobre una base neorural y rururbana, de clase media y alta. La tercera vertiente del movimiento –en la que este artículo se concentra– consiste en un grupo de federaciones campesinas, organizaciones de agricultura urbana y ONGs, que retoman prácticas de la agricultura campesina tradicional, como una manera de bajar los costos de producción alimentaria familiar, mejorar las dietas, y diversificar los ingresos familiares a través de la participación en los mercados alimentarios locales informales, todo ello bajo el marco discursivo de la soberanía agroalimentaria (Cid, 2011). En el desarrollo de este texto se argumentará que el discurso eco-político y las prácticas productivas de este grupo constituyen una experiencia política prefigurativa para un modelo de desarrollo organizado en torno a la soberanía agroalimentaria.

3. AGROINDUSTRIA Y AGRICULTURA CAMPESINA: LA NUEVA CUESTIÓN AGRARIA

La relación entre capitalismo y economías campesinas ha sido formulada a través de la clásica cuestión agraria, desde la cual se ha problematizado la condición y acción, tanto económico-productiva como política, de los campesinos y agricultores en el escenario del capitalismo. Las primeras formulaciones de la «cuestión agraria» –tanto en sus vertientes marxistas como las desarrollistas neoliberales– se focalizan en la transición hacia el capitalismo, bajo un concepto lineal de transición. En ese contexto se entiende que las economías y clases campesinas son cercadas, desplazadas y eliminadas por el desarrollo de relaciones capitalistas de producción en la agricultura. Bajo esa óptica, en la categoría de campesinos como actores políticos, estos aparecen como un remanente precapitalista, anacrónico, que no solo tienden a desaparecer, sino que deben hacerlo para permitir la modernización (Lenin, 1976). Esta visión fue tempranamente cuestionada por otros exponentes de la cuestión agraria que se enfocaron en la pervivencia, capacidad de adaptación y resiliencia de los campesinos, afirmando la diferencia y lógica económica propia de las economías campesinas (Chayanov, 1974; Kautsky, 1988). Esta clásica pregunta adquiere fuerza renovada en el escenario de la mundialización neoliberal y el régimen agroalimentario internacional y desregulado, que nuevamente releva la pregunta por las estrategias de sobrevivencia, adaptabilidad y resistencia, así como también los canales de acción política de campesinos y agricultores (Goodman, 1997).

En este nuevo contexto, otra vez está en cuestión la modernidad y pertinencia del campesinado. Para Bernstein (2006), hablar actualmente de campesinos no solo es anacrónico, sino también voluntarista, en tanto su desplazamiento económico y político por la agricultura industrial, estaría ya completo. Por otra parte, McMichael (2006) –en diálogo con Bernstein– señala que la existencia contemporánea de campesinos así como su creciente organización política (por ejemplo, Vía Campesina) desafía la ontología lineal –teleológica– de las primeras vertientes de la cuestión agraria. En nuestras palabras, la propia existencia económica y política del mundo campesino con lógicas que combinan la inserción a mercados con procesos de reciprocidad, subsistencia y reproducción sociobiológica, desafiaría un discurso «capitalocentrista» y desarrollista centrado en las lógicas y procesos de circulación global del capital. En este artículo se argumentará que las organizaciones campesinas y agroecológicas formulan –desde sus propias opciones económicas, ambientales y políticas– una respuesta local plausible y postmoderna a los actuales desafíos de la cuestión agraria.

El escenario contemporáneo de la cuestión agraria se desarrolla en relación con el llamado régimen agroalimentario corporativo, caracterizado por la desregulación internacional de la agroindustria (Friedmann, 1995). Este organiza la reproducción de la comida en la reproducción del capitalismo, despojando a agricultores material y culturalmente a la vez que se reemplazan sistemas locales de consumo por la «revolución de los supermercados» (McMichael, 2005). Ello ha significado, por una parte, una reconcentración de la propiedad de los terrenos agrícolas y

un crecimiento de ocupación territorial de los espacios rurales por parte de monocultivos de exportación, y por la otra, una disminución de la autonomía de las economías campesinas. Importante parte de la discusión se ha concentrado en los llamados procesos globales de «descampesinización» resultantes de la dificultad de los pequeños productores de competir con las corporaciones alimentarias (Araghi, 2001), perdiendo así sus tierras y peso político, y siendo transformados en una creciente masa de trabajadores urbanos y rurales precarios con pautas de empleo temporal fragmentado.

Ahora bien, la concentración de la tierra y el desplazamiento del campesinado no es condición necesaria del proceso de acumulación capitalista. De hecho Amin (1997) señala que «*si anteriormente la apropiación directa de los medios de producción constituía el medio indispensable para el control del capital, esto ya no es necesario, por lo menos a todos los niveles del proceso de producción: basta controlar los nudos estratégicos de dicho proceso para acaparar en su provecho la masa principal de la plusvalía generada en el conjunto del proceso*» (Amin, 1997, p. 132). En este sentido, controlar los insumos de la producción campesina, el comercio de sus productos y más recientemente los procesos de certificación, coloca a la agroindustria en superioridad estructural frente a los productores directos. De hecho, de acuerdo con Lewontin (2000), muchos campesinos –si bien mantienen propiedad legal sobre sus tierras– desarrollan relaciones de dependencia tan altas con la agroindustria que pierden progresivamente todo control de sus procesos productivos intraprediales, convirtiéndose así en cuasi-proletarios. La literatura ha caracterizado tres maneras en que este proceso tiene lugar y en este artículo se argumentará que el movimiento campesino en Chile ha desarrollado estrategias para resistir y levantar contra tendencias a cada uno de ellos.

La primera de ellas refiere al «apropiaciónismo» definido en Goodman, Sorj & Wilkinson (1987), como el proceso por el cual productos y actividades conaturales al ciclo agrícola son reemplazados por productos industriales. Tal vez el ejemplo más dramático de ello es el reemplazo de la tradicional práctica de reproducción y manejo de las semillas, por la producción industrial de las mismas –que a me-

nudo envuelve tecnología genética–. Otros aspectos de este proceso son el reemplazo de abonos y manejos domésticos de plagas por agroquímicos –fertilizantes y pesticidas–, así como también la creciente incorporación de productos industriales en la alimentación animal. Estos reemplazos minan la autonomía del proceso agrícola, haciéndolo dependiente de insumos industriales y conduciendo a campesinos y agricultores a un ciclo de endeudamiento. Más aun, este reemplazo produce una absoluta separación entre el proceso productivo y la reflexión científico-técnica acerca del mismo, en otras palabras hay una descalificación del trabajo agrícola, que perdiendo su acervo de saberes tradicionales se convierten en aplicadores de paquetes de transferencia tecnológica.

En América Latina este proceso de «apropiaciónismo» ha sido promovido desde el Estado, a través de los llamados «paquetes de transferencia tecnológica» asociados a las sucesivas olas de la «Revolución Verde» –paquetes que muchas veces son entregados bajo fuerte subsidio–. A este respecto Samir Amin advierte que «*se trata de tecnologías capitalistas, de desarrollo controlado por los monopolios. Se transferirán entonces, al mismo tiempo que la tecnología, las relaciones de producción capitalistas que la sustentan*» (Amin, 1997, p. 202). En otras palabras, se incrusta al interior de la economía campesina una creciente dependencia a insumos industriales, lo que tiene como resultado una transferencia de la plusvalía generada en el proceso productivo hacia la industria de agroquímicos.

Junto con el «apropiaciónismo» –que inserta los productos agroindustriales en el seno de la producción campesina– el llamado «sustitucionismo» se incrusta en otras fases de la cadena de valor (Goodman & Redcliff, 1991), específicamente en la relación con el consumo. En particular, la agroindustria media o reemplaza los productos agrícolas –campesinos– por productos industriales. Ello transita desde reemplazos completos, como la transformación del azúcar y la leche en sucedáneos químicos, a reemplazos parciales dados por la adición de valor agregado en los complejos industriales (como la transformación de la avicultura en una cadena de montaje industrial). Estos últimos están dados por la transformación de los alimentos en productos manufacturados no perecibles –congelados, pro-

cesados—lo que termina reduciendo el producto agrícola en un insumo industrial. Ello permite a la industria —y a los consumidores— independizarse de las fluctuaciones de la producción agrícola, así como también mejorar la rentabilidad de la industria agroalimentaria y depreciar la posición de los campesinos.

Asociado con lo anterior, la pequeña y mediana producción se articulan con la agroindustria mediante la llamada agricultura de contrato, que consiste en un sistema de acuerdo entre agroindustrias y agricultores particulares para comprar la producción agrícola previa a su cosecha. A cambio de este mercado garantido, los productores se comprometen a seguir un conjunto de procedimientos de producción establecidos bajo la supervisión del comprador. Este acuerdo permite a las empresas transferir todo el riesgo productivo a los productores: las empresas no tienen que invertir en tierras, contratar mano de obra, gestionar las operaciones de gran escala, hacer inversiones productivas, ni soportar problemas climáticos o de plagas. En suma, las empresas aseguran el producto sin tener que tomar los riesgos propios del ciclo agrícola, sin tener por ello que sacrificar el control sobre el proceso de producción. De hecho, los contratos garantizan el control total de las agroindustrias sobre los aspectos técnicos, como por ejemplo, agendas de plantación, irrigación y uso de productos químicos. Como resultado los productores realizan la inversión productiva, pero no tienen control sobre sus procesos productivos; y, si bien obtienen precios garantidos en caso de pérdidas de cosechas, pueden terminar atrapados en un ciclo de deuda (Glover & Kusterer, 1990; Grossman, 1998; Warning & Key, 2002).

En suma, en estos tres escenarios, los campesinos y productores agrícolas son objeto de explotación antes que de eliminación o desplazamiento, contradiciendo lo anticipado por las predicciones modernistas de la cuestión agraria.

4. AGROECOLOGÍA POPULAR CAMPESINA Y EL CASO DE LAS CURADORAS DE SEMILLAS

Como se señaló anteriormente, diversos actores sociales, económicos y políticos han promovido en la región del Biobío el desarrollo de una producción agroecológica como camino privile-

giado para lograr un modo de producción alimentario soberano y solidario. Entre estos últimos la Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (ANAMURI), perteneciente a la organización internacional Vía Campesina, funge como actor político de la mayor relevancia nacional y local.

ANAMURI es una organización exclusivamente femenina, que en la década de 1990 se constituye desprendiéndose de organizaciones campesinas mixtas preexistentes desde las décadas de 1970 y 1980, con el propósito de construir un espacio político desde y para las mujeres rurales. En sus orígenes se abocó principalmente al trabajo con asalariadas agrícolas temporales. Sin embargo, su desarrollo político posterior se ha reorientado a la revalorización y reinención de sus identidades propiamente campesinas (antes que de asalariadas). Es así como su trabajo se vuelca a la defensa de la vida rural a través de la recuperación de la tierra, el agua, la semilla y los saberes y prácticas campesinas, reivindicando el rol privilegiado de las mujeres como productoras de alimentos; ello bajo la doble consigna de la soberanía alimentaria y el feminismo campesino popular (Entrevista a dirigente de ANAMURI). En este sentido, ANAMURI puede ser considerado como una organización neo campesinista, que luego de dedicarse a la reivindicación de las condiciones del trabajo asalariado por la vía de la renegociación sindical de las condiciones de explotación, decide transformar sus estrategias hacia la reinención y recreación de los espacios de autonomía propios de las economías campesinas, en el cual la agroecología se constituye en una apuesta estratégica.

Es en este contexto donde debe entenderse la experiencia de las «curadoras de semillas», quienes representan el núcleo agroecológico de ANAMURI. Las curadoras consisten en una red informal, integrada principalmente por mujeres campesinas y rururbanas, que tiene como propósito la reproducción, conservación y multiplicación de una amplia variedad de semillas al interior de huertas familiares. En sus prácticas, las curadoras sostienen «curar» las semillas en dos sentidos: primero, en términos de la conservación y reproducción de las mismas en un contexto de reducción de la biodiversidad por monocultivos; y, segundo, curarlas en tanto «sanas» de lo que se percibe como agresiones de

la agricultura industrial. Periódicamente las participantes de la red se reúnen para intercambios rituales de semillas, llamados *trafkintus*—nombre que remite a los ritos de intercambio mapuche—, en los cuales se permutan pequeñas cantidades de semillas para su propagación en otras huertas.

El origen de esta Red remite a una serie de «escuelas de curadoras de semillas» implementadas en la última década por una relevante ONG local en el contexto de un proyecto de manejo descentralizado de la biodiversidad, por la vía de la circulación de semillas entre productores directos y la recuperación de prácticas campesinas tradicionales de propagación de semillas. El alcance adquirido por la práctica del «curaje» (curado) de semillas excede con creces el proyecto inicial que lo albergó, teniendo una muy amplia resonancia entre las comunidades campesinas. De hecho, muchas actividades sociales y políticas incluyen un *trafkintu*, concibiéndolo como rito central de la reunión y performance del vínculo político entre las campesinas y el vínculo práctico con las semillas.

La amplia resonancia alcanzada por el «curaje» de semillas y la práctica de los *trafkintus* remite a una doble transformación de la política campesina. Por una parte está la reorientación de la defensa de los y las asalariadas rurales, a la recuperación de las identidades campesinas. Por la otra se halla un reenfoque, desde la sola demanda por la tierra a una demanda más amplia que involucra la complejidad de la apropiación del lugar, que no es ya tierra desnuda sino habitada por naturaleza, personas, agua, semillas. En este contexto y frente al creciente monopolio agroindustrial de la producción de semillas, incluyendo las llamadas semillas estériles—popularmente conocidas como *terminator*—, recuperar el control sobre un amplio pool genético de semillas se constituye en un objetivo prioritario para el mundo campesino.

5. AFIRMANDO LA SUBSISTENCIA: EN LA DEFENSA DE TERRITORIOS CAMPESINOS

La clásica cuestión agraria problematizó la permanencia o no de campesinos en los territorios rurales: seguirían los campesinos ocupando el espacio rural o serían desplazados por la dinámica de la acumulación capitalista y reemplazados por clases más modernas—empresarios agrícola-

las y proletarios rurales—. La evidente pervivencia de grupos que se consideran campesinos y la reinvencción política de dicha categoría al interior de movimientos sociales contemporáneos, transforma esta pregunta hacia las formas de interacción entre la economía campesina y la acumulación capitalista. Las respuestas más comunes transitan entre el desplazamiento—descrito en términos clásicos de acumulación primitiva y más contemporáneamente de acumulación por despojo (Harvey, 2004)—y las distintas formas de explotación descritas como la subsunción de las economías campesinas a las dinámicas de la acumulación capitalista.

En la región del Biobío las economías campesinas están tensionadas por ambos procesos señalados anteriormente. Con respecto a los procesos de despojo, si bien no es posible señalar la existencia directa de medios extraeconómicos sistemáticos para la desposesión por la vía de «la sangre y el fuego» con que Marx describe la acumulación primitiva, sí existen procesos que se le asimilan dramáticamente, particularmente en la relación entre economía campesina e industria forestal. Recurrentes incendios masivos—que alcanzan un promedio anual de 11.380 hectáreas, no solo de bosque sino de los predios agrícolas y viviendas aledañas—constituyen una externalidad directa de la explotación forestal sobre las comunidades productoras vecinas. Así mismo, otras prácticas silvícolas como las fumigaciones por aspersión y el uso excesivo de aguas, dificultan las posibilidades de producción y acumulación de las familias campesinas, constituyéndose en mecanismos extraeconómicos de coerción. Como resultado, familias productoras acosadas por el fuego, la falta de aguas y los pesticidas, deciden vender sus propiedades, redundando en un traspaso directo de tierras desde las economías campesinas a la industria forestal. Así también muchas familias optan por acceder a los subsidios estatales del Decreto de ley 701 y la Ley 19.571, dejando la producción alimentaria para entrar a la plantación silvícola en alianza con la industria forestal; completan así la conversión de predios agrícolas a predios forestales.

Por otra parte, la competencia frente a la producción agroindustrial de gran escala, el menor acceso a bienes públicos—como las aguas de vertiente—y las ya descritas tendencias de «apropiaciónismo» y «sustitucionismo», subsu-

men las economías locales disminuyendo la parte del valor del producto que los campesinos y productores directos son capaces de retener. En estos términos, si bien los campesinos no son proletarizados, el capital se incrusta al interior de la producción campesina reteniendo parte importante de su producción de valor, teniendo como consecuencia un deterioro de las capacidades de subsistencia sobre la base de la pequeña producción agrícola.

En este contexto, la sola continuidad de las prácticas agrícolas y de la ocupación territorial mantenida por los campesinos, constituyen una forma de resistencia activa frente a la reedición de procesos análogos a la acumulación originaria. Resistir este despojo y reclamar el derecho a ejercer la agricultura, transita por una redefinición acerca de las opciones y criterios de racionalidad económica. Existe en su oposición política una renuncia –e incluso un rechazo– al criterio de maximización de utilidad y su reemplazo por un criterio de subsistencia y reproducción social y ecológica de la vida. En este sentido, el proyecto agroecológico campesino no es un reducto precapitalista, ni siquiera fuera del capitalismo, sino más bien una acción postcapitalista (en el sentido de Gibson-Graham). Ello, porque ya habiendo experimentado la transferencia tecnológica y los procesos de desplazamiento y despojo asociados a la participación en los procesos de producción capitalista, reacciona frente a ellos con la afirmación voluntarista de la subsistencia y la reproducción ampliada de la vida como valor económico prioritario y anterior a la acumulación. Tal circunstancia se corresponde expresamente con la reorientación que ha tenido ANAMURI, que –como se señaló– deserta de la defensa de identidades asalariadas para reorientar su trabajo a las demandas por soberanía alimentaria y «salvataje» de la semilla; tales prácticas representan la respuesta campesina políticamente organizada frente a la presión despojadora del tercer régimen de acumulación. De esta manera, la afirmación de las identidades campesinas constituye una resistencia directa a entenderse a sí mismos como «semi-proletarizados» y productores escasamente capitalizados.

Esta opción no es una opción localista, sino que se apoya en la creación de un espacio rural «alter-transnacionalizado», como queda demostrado con los vivos contactos internacionales

mantenidos por las dirigencias campesinas. De este modo, junto con la presencia de corporaciones y agronegocios, emergen formas de organización campesina que conectan productores organizados y organizaciones globales. De la misma forma, mediante la participación en Vía Campesina, se vinculan problemas e iniciativas locales que se repiten en diversos lugares. Temas como la lucha por la tierra, el agua, la semilla y la biodiversidad son al mismo tiempo argumentos de relevancia local y global, que conectan las vidas y luchas de campesinos y campesinas particulares con un movimiento global de contrapropuesta a la globalización capitalista (McMichael, 2008).

5.1 CONSTRUYENDO AUTONOMÍA: INSUMOS, SABERES Y SABORES

La práctica agroecológica ha puesto un importante énfasis en la producción intrapredial de los insumos agrícolas, cuestión que la agricultura convencional había transformado en paquetes tecnológicos, ya sea entregados por el Estado o bien provistos por la industria agroquímica. Particularmente se han implementado diversas prácticas para la producción intrapredial de insumos tales como semillas, abonos y sistemas de control de plagas. Su implementación abarata costos y disminuye significativamente la dependencia frente a la industria agroquímica. De la misma manera, disminuye también los ciclos de endeudamiento con la banca, en tanto se reduce significativamente el costo de inversión al inicio de año agrícola. En este sentido, retomar el control de aquellos procesos que habían sido removidos de los productores por las tendencias de apropiacionismo y con ello acortar la cadena de valor, contribuye a recuperar para los productores las ganancias obtenidas por el proceso técnico.

El tipo de tecnologías implementadas intrapredialmente constituyen una hibridación que: recupera y «resignifica» prácticas campesinas tradicionales –tales como el almacenaje de semillas, los intercultivos y el entierro de desechos–; renuncia a otras prácticas tradicionales que ahora se consideran ambientalmente inadecuadas –tales como la roza de los rastrojos y el riego por rebalse–; e incorpora un conjunto de técnicas agronómicas agroecológicas novedosas –tales como la lombricultura, la elaboración de abonos foliares, aceleradores del compostajes –

como el bocachi– y metodologías de selección de semillas. En esta dinámica híbrida se valoran y recogen los saberes tradicionales, muchas veces mantenidos intergeneracionalmente en las huertas femeninas, las que han estado menos expuestas a las dinámicas gubernamentales de transferencia tecnológica y a la agricultura comercial de mayor escala. Así mismo, puesto que dichos insumos se producen al interior del predio y son tecnológicamente apropiados al contexto sociocultural campesino, tienen como consecuencia una recalificación de las y los productores directos quienes re–aprenden –o más bien recuperan– el «saber-hacer» de las distintas fases del ciclo agrícola. Así, frente a la descalificación asociada a la dependencia tecnológica que separó el hacer del saber hacer –donde el saber hacer queda en manos de los transferencistas y sus manuales–, la agroecología reconcilia el saber-hacer con el hacer de los productores.

Ello debe comprenderse entonces, no como una práctica individual intrapredial, sino como una red heterogénea de actores (Latour, 2007), que está compuesta primero por los y las campesinas participantes, luego por un conjunto de actantes tales como las mismas semillas, la tierra, los distintos saberes en diálogo, y también un conjunto de actores políticos que se articulan a la agroecología y la soberanía agroalimentaria. En términos ideológicos, dialogan al menos tres tipos de saberes. Por una parte, saberes campesinos tradicionales, la mayoría de ellos relacionados a memorias que se mantienen y recuperan acerca de las formas de hacer previas a la revolución verde. Se articula a ello un saber político, de fuerte carga neo agrarista, que valoriza y recupera los saberes campesinos tradicionales, y media en esta relación con los saberes técnicos agroecológicos que son «transferidos» desde ONGs y grupos de asesoría técnica en las «escuelas de curadoras de semillas». Estos tres saberes circulan entre los distintos actores, sin embargo no siempre se distribuyen homogéneamente entre ellos. Los saberes políticos se movilizan más entre las dirigentas, y los saberes prácticos –tanto campesinos como agroecológicos–, son más usados por las productoras directas, quienes integran estos conocimientos agroecológicos novedosos a los preexistentes saberes prácticos campesinos.

Especialmente relevante a este respecto, es la ya mencionada red de curadoras de semillas

vinculadas a la ANAMURI, en tanto el «curaje» de semillas tiene el impacto inmediato de la defensa y recuperación del patrimonio biológico para los productores directos. Ello viene a afirmar la autonomía de las economías campesinas frente a la agudización de las dinámicas asociadas a las tecnologías de semillas estériles, que vienen a ser la quintaesencia del apropiacionismo y el despojo, en tanto no solo privatiza el patrimonio genético sino también los conocimientos campesinos que lo han producido y manejado (McMichael, 2005).

Finalmente, junto con los insumos y saberes, hay también una recuperación de los sabores frente a dietas urbanas homogeneizadas. La recuperación de las semillas junto con el incremento de la biodiversidad en las huertas domésticas, repercute directamente en la riqueza de las dietas familiares. En contraste con los mono-productores cuya dieta depende de aquellos productos que pueden comprar en los mercados, los productores campesinos agroecológicos incrementan significativamente la variedad de su dieta. Así también dada la continuidad femenina entre la huerta y la cocina, la recuperación y propagación de semillas tradicionales se asocia también a la recuperación, propagación y reinvencción de recetas tradicionales. De esta manera se reivindica una cultura alimentaria campesina local, frente a la homogenización de la dieta urbana, a la vez que se intenta resocializar el espacio urbano con dicha cultura alimentaria por la vía de la venta de productos locales.

El conjunto de estas prácticas –que hibridan conocimientos tradicionales con metodologías agroecológicas modernas– implementadas por las y los campesinos constituyen una «nueva tecnología» (en el sentido de Amin, 1997), en tanto subvierte la organización de la investigación agronómica –convirtiéndola en un saber descentralizado y distribuido por los mismos productores–, a la vez que es sensible a las relaciones de producción en que participan, así como también a la cultura y la ideologías locales.

5.2 EXPERIMENTANDO NUEVAS RELACIONES CON EL MERCADO DE CONSUMO

Junto con el «apropiacionismo», el sustitucionismo (Goodman & Redcliff, 1991) ha separado la economía campesina de los procesos de consumo urbanos. Específicamente, el alar-

gamiento de las cadenas de valor resulta en que los consumidores ya no acceden a productos propiamente campesinos, o incluso ni siquiera a productos agrícolas, sino que estos son reemplazados por productos agroindustriales. Es por la relevancia del proceso de transformación que transita desde reemplazos completos a parciales, que la apuesta política de la transformación agroecológica requiere del diálogo con los consumidores. Ello, pues si bien las economías campesinas agroecológicas no están necesariamente en la apuesta por el comercio a gran escala, sí que necesitan cierto espacio de salida comercial: primero, para contribuir a la reproducción ampliada de la vida y subsistencia en sus propias familias; y segundo, más estratégicamente, para constituirse en una real alternativa económica y política a la producción agroindustrial convencional.

El problema central que plantea la relación con los consumidores es el acostumbramiento de estos últimos a los patrones de uniformidad y no estacionalidad ofrecidos por la producción convencional y agroindustrial, lo que genera problemas de satisfacción. Por ejemplo, los consumidores esperan una oferta uniforme a lo largo del año, lo que no se corresponde con las características climáticas de Chile, donde en invierno se producen vegetales de menor tamaño o incluso existen períodos en que ciertas verduras no se pueden producir. De la misma manera, la diversidad organoléptica –en colores, formas y olores– de los productos campesinos, contradice las expectativas de consumidores acostumbrados a la higiénica universalidad de los supermercados. A modo de ejemplo baste mencionar la molestia y los reclamos observados en una consumidora urbana de clase media-alta por las diferencias en el tamaño de lechugas entre distintas «canastas campesinas». En este sentido, existen claros límites de comunicación entre la oferta campesina agroecológica y los consumidores urbanos.

La forma en que normalmente se han subsanado estos problemas de comunicación es a través de procesos de certificación –tales como las certificaciones orgánicas y de comercio justo– que permitan comunicar a los consumidores características éticas y de calidad asociadas a los productos (Raynolds, 2000). Estas certificaciones, que pese al elevado costo que normalmente implican, son generalmente bien recibidas por

los productores medianos orientados a negocios. Distinto es el caso de los productores campesinos, quienes no solo ven en las certificaciones una carga demasiado onerosa para ser asumida por las economías domésticas, pero que además las perciben como una intrusión en sus propias estrategias económicas y productivas. De hecho, el trabajo con organismos certificadores –ya sea desde el Estado como desde empresas certificadoras privadas–, son evaluados como el sometimiento a otro portador de un discurso de poder que pretende interferir en los procesos productivos, reduciendo así la autonomía de la producción campesina.

Frente a ello, la apuesta de vínculo con los consumidores apunta –por una parte– hacia la transformación y repolitización del consumo y –por la otra– a la reconstrucción del mismo consumo como un espacio de confianza, solidaridad y cercanía. En este sentido, hay dos experiencias relevantes de narrar. La primera se refiere a la implementación de sistemas de intercambio directo –con un fuerte componente político– entre productores, por ejemplo federaciones campesinas intercambiando directamente productos con sindicatos pesqueros, así como también sistemas de provisión directa entre campesinos y sindicatos industriales urbanos. La segunda de ellas, orientada más a un consumo de nicho, remite a la formación de redes –algunas de ellas propiamente cooperativas– de producción y consumo, que vinculen a productores agroecológicos con consumidores urbanos políticamente informados, dispuestos a valorar productos no estandarizados, de procedencia local y que sean agroecológicos. Al interior de estas redes, si bien pueden existir procesos certificadorios –como es el caso de la experiencia de la Cooperativa de Consumo Tierra Viva en Santiago de Chile–, predominan los principios de confianza e intercambio solidario entre sus miembros.

De esta manera, no solo el ámbito de la producción, sino también el ámbito del consumo, se constituyen en una esfera de experimentación política preformativa de principios solidarios «altermodernos» que se movilizan más allá de los límites entre lo rural y lo urbano.

6. REFLEXIONES FINALES

Los movimientos agroecológicos y campesinos cuestionan una visión lineal de la modernidad

del desarrollo por la vía de la práctica de formas alternativas de la misma. En este sentido podrían considerarse como una respuesta postmoderna a la vieja cuestión agraria, en tanto abandona una visión desarrollista de la historia y rehúsa a entender a los campesinos como actores premodernos. Se definen acá demandas campesinas que no transitan por la restauración de un pasado agrarista y comunitario, sino que presentan alternativas a un mundo que se percibe como catastrófico en términos económicos y ambientales. Constituyen así un espacio de resistencia experimental prefigurativa en tanto práctica real –en pequeña escala– de un contra modelo de desarrollo.

Es por ello que para el contexto agraria chileno, donde se ha implementado un modelo desarrollista y orientado a la agroexportación, en donde la producción campesina ha sido evaluada desde su capacidad comercial segmentándolos entre «viables» y no «viables», este movimiento constituye una refrescante y necesaria alternativa. Su práctica privada de reproducción familiar y su práctica pública de acción política e intercambios basados en principios de confianza, escriben una narrativa alternativa a los discursos «capitalocéntricos» y desarrollistas para el mundo rural, al tiempo que permiten dibujar un paisaje donde distintas alternativas y prácticas económicas son reales y posibles. Se trata de un paisaje que albergue un buen vivir como lugar de diferencia económica.

Quedan, eso sí, algunos temas pendientes. Primero –y aunque sea políticamente muy incorrecto–, es necesario problematizar la tensión entre soberanía alimentaria y seguridad alimentaria. En este sentido es relevante plantear honestamente la pregunta de si la propuesta agroecológica es capaz de alimentar al creciente mundo urbanizado. En otras palabras: si la agricultura tradicional fracasó en el cometido de eliminar el hambre en el mundo –particularmente en términos distributivos– y lo hizo dramáticamente para muchas comunidades productoras de alimentos que vieron sus tierras y sus vidas empobrecidas, es necesario preguntarse honestamente –más allá de las ideologías– si la agroecología puede realmente hacerlo mejor; no solo en términos distributivos, sino también productivos. El segundo pendiente da cuenta de la necesidad de mejorar el ejercicio de traducción entre los distintos lenguajes para hacer más

fluida la comunicación y permanencia en el tiempo de una red agroecológica. Relevante en este aspecto es la pregunta por la reproducción intergeneracional del proceso, particularmente el cómo superar la ruptura generacional entre saberes campesinos crecientemente envejecidos y una práctica agroecológica reinventada por las nuevas generaciones. Así, también es necesario profundizar la circulación y el diálogo entre saberes prácticos –tanto campesinos como agroecológicos– y saberes políticos, movilizadas desde los distintos miembros de la red. Finalmente es necesario comunicar lo campesino y lo urbano por la vía de la repolitización y «resensualización» del comer bien. Es relevante que los consumidores urbanos recuperen y aprecien el saborear la diversidad del producto doméstico, a la vez que valoren el proceso familiar, comunitario y social que lo llevó desde el campo al plato.

REFERENCIAS

-
- Amin, S. (1997). La transferencia de tecnología: una crítica. *Nueva Sociedad*, (31-32), 198-205.
- Araghi, F. (2001). The great enclosure of our times: Peasants and the agrarian question at the end of the twentieth century. En Magdoff, F., Buttel, H. & Foster, J. B. (Eds.), *Hungry for profit: the agribusiness threat to farmers, food, and the environment* (pp. 145-160). New York: Monthly Review Press.
- Bengoia, J. (1988). *Historia social de la agricultura chilena*. Santiago: Ed. Sur.
- Bernstein, H. (2006). Is there an agrarian question in the 21st century? *Canadian Journal of Development Studies / Revue Canadienne d'Études du Développement*, 27(4), 449-460. doi: 10.1080/02255189.2006.9669166

- Chayanov, A. (1974). *La organización de la unidad doméstica campesina*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Cid Aguayo, B. (2011). Between conventionalization and civic agriculture: emerging trends in the Chilean agroecological movement. *Food Systems, and Community Development*, 1(3), 53-66. doi: 105304/jafscd2011.013.010.
- Clapp, R. A. (1998). Regions of refugee and the agrarian question. Peasant agriculture and the plantation of forestry in the Chilean Araucania. *World Development*, 26(4), 571-589.
- Echenique, J. & Rolando, N. (1991). *Tierras de parceleros ¿dónde están?* Santiago de Chile: Agraria.
- Escobar, A. (1998). *La invención del tercer mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Ed. Norma.
- Friedmann, H. (1995). Food politics: New dangers, new possibilities. In McMichael, P. (Ed.), *Food and agrarian orders in the world economy* (pp. 15-33). Connecticut and London: Preager.
- Gibson-Graham, J. K. (2006a). *The end of capitalism as we knew it. A feminist critique of political economy*. Cambridge and Oxford: Backwell.
- Gibson-Graham, J. K. (2006b). *A post-capitalist politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Glover, D. & Kusterer, K. (1990). *Small farmers, big business*. New York: St. Martin Press.
- Gómez, S. & Echenique, J. (1988). *La agricultura chilena, las dos caras de la modernización*. Quito: FLACSO.
- Goodman, D. (1997). *Globalising food: Agrarian questions and global restructuring*. London: Routledge.
- Goodman, D. & Redcliff, M. (1991). *Refashioning nature: Food, ecology and culture*. London and New York: Routledge.
- Goodman, D., Sorj, B. & Wilkinson, J. (1987). *From farming to biotechnology: A theory of agro-industrial development*. New York: Blackwell.
- Grossman, L. (1998). *The political ecology of bananas. Contract farming, peasants, and agrarian change in the Eastern Caribbean*. Chapel Hill and London: University of North Carolina Press.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.
- Instituto Nacional de Estadísticas. (2007). *Censo Agropecuario. 2006-2007*. Gobierno de Chile: Instituto Nacional de Estadísticas.
- Kautsky, K. (1988). *The agrarian question: in two volumes*. London and Winchester: Zwan Publications.
- Latour, B. (2007). *Reassembling the social: an introduction to actor network theory*. Oxford: Oxford University Press.
- Lenin, V. I. (1976). *The agrarian question and the critics of Marx*. Moscu: Progress.
- Lewontin, R. C. (2000). The maturing of capitalist agriculture. In *hungry for profit; the agribusiness threat to farmers, food and the environment*. En Magdoff, F., Buttel, H. & Foster, J. B. (Eds.), *Hungry for profit: the agribusiness threat to farmers, food, and the environment* (pp. 93-106). New York: Monthly Review Press.
- McMichael, P. (2005). Global Development and the Corporate Food Regime. *Research in Rural Sociology and Development*, 11, 269-303. doi: 10.1016/S1057-1922(05)11010-5
- McMichael, P. (2006). Reframing development: global peasant movements and the new agrarian question. *Canadian Journal of Development Studies/Revue Canadienne d'Études du Développement*, 27(4), 471-483. doi: 10.1080/02255189.2006.9669169

- McMichael, P. (2008). Peasants make their own history, but not just as they please. *Journal of Agrarian Change*, 8(2-3), 205-228. doi: 10.1111/j.1471-0366.2008.00168.x
- Polanyi, K. (1994). *El sustento del hombre*. Barcelona (España): Mondadori.
- Raynolds, L. (2000). Re-embedding global agriculture: The international organic and fair trade movements. *Agriculture and Human Values*, 17(3), 287-309. doi: 10.1023/A:1007608805843
- Warning, M. & Key, N. (2002). The social performance and distributional consequences of contract farming: An equilibrium analysis of the Arachide de Bouche program in Senegal. *World Development*, 30(2), 255-263. doi: 10.1016/S0305-750X(01)00104-8